

PROPTER MAGNARE CREATUS  
Lengua, literatura y gastronomía  
entre Italia y la península Ibérica

Actas del Congreso Internacional  
Santiago de Compostela, 21-23 de septiembre de 2016

EDICIÓN A CARGO DE  
Benedict Buono  
M. Mercè López Casas

2019

XUNTA DE GALICIA  
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Propter magnare creatus : lengua, literatura y gastronomía entre Italia y la península Ibérica : actas del Congreso Internacional, Santiago de Compostela, 21-23 de septiembre de 2016 / edición a cargo de Benedict Buono, M. Mercè López Casas. – Santiago de Compostela : Xunta de Galicia : Universidade de Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico, 2019

503 p. ; 24 cm. – (Cursos e congresos da Universidade de Santiago de Compostela ; 249)  
D.L. C 821-2019. – ISBN: 978-84-453-5323-3 (Xunta de Galicia). – ISBN: 978-84-17595-16-6 (Universidade de Santiago de Compostela)

I. Gastronomía na literatura 2. Gastronomía – Lexicografía I. Buono, Benedict, ed. lit.  
II. López Casas, Mercè, ed. lit. III. Universidade de Santiago de Compostela. Servizo de Publicacións e Intercambio Científico, ed.

82:641.5(063)

801-3: 641.5(063)

© Xunta de Galicia, 2019

© Universidade de Santiago de Compostela, 2019

#### **Maqueta**

Isabel Argüelles  
Imprenta Universitaria

#### **Edición técnica**

Servizo de Publicacións e Intercambio Científico  
da Universidade de Santiago de Compostela  
Campus Vida  
15782 Santiago de Compostela  
[usc.es/publicacions](http://usc.es/publicacions)

#### **Imprime**

Imprenta Universitaria  
Campus Vida  
15782 Santiago de Compostela

**Dep. Legal C 821-2019**

**ISBN 978-84-453-5323-3 (Xunta de Galicia)**

**ISBN 978-84-17595-16-6 (Universidade de Santiago de Compostela)**

## **Los apetitos del rey: sexo y comida en *Don Juan el Segundo* (1853), de Manuel Fernández y González<sup>1</sup>**

MARÍA TERESA DEL PRÉSTAMO LANDÍN

*Universidad de Vigo*

En 1853 Manuel Fernández y González publica la novela *Don Juan el Segundo o El bufón del rey*. El autor sevillano recrea la última década del reinado de Juan II de Castilla y refleja, a lo largo de ochenta entregas<sup>2</sup>, las tramas internas que provocaron la caída de don Álvaro de Luna. Las debilidades del soberano fueron explotadas por su corte en beneficio propio, una situación que no resulta nada lejana para el lector del siglo XIX. La regencia de Isabel II, en la que se enmarca la publicación tanto de esta novela como de su segunda parte<sup>3</sup>, se caracteriza tanto por su inestabilidad política como por las fuertes manipulaciones existentes alrededor de la monarquía<sup>4</sup>. En ambas épocas, de manera paralela, es la ambición descontrolada y el desgobierno en el que se halla sumido el país lo que acaba por causar sendas crisis: tanto la muerte del condestable, anterior solo en un año a la muerte de

1 Este trabajo se inserta en el ámbito del proyecto PGC2018-093619-B-I00.

2 Pese a las treinta y seis entregas planificadas inicialmente por el editor Ruiz de Morales (*Diario de Palma* 11/09/1853: 4), el éxito de la novela garantizó su publicación hasta alcanzar más del doble de las previstas. En adelante cito por la primera edición de 1853.

3 Me refiero como tal a la novela *Enrique IV (El impotente)* o *Memorias de una reina* (Ruiz de Morales, 1854), anunciada como segunda parte a partir de la edición de Ruiz de Morales en 1866 de *Don Juan el Segundo*.

4 Durante la revolución de 1854, Cánovas del Castillo redacta el *Manifiesto de Manzanares* en el que denuncia la corte como uno de los males de la monarquía, abogando por «la conservación del trono, pero sin camarilla que lo deshonor» (Fontana 2015: 268). La identificación de los problemas de gobierno con la corte sucede paralelamente en la novela, dotándola de actualidad para el lector decimonónico.

Juan II, como la Revolución de 1868, que provocará el destronamiento y exilio de Isabel II.

En *Don Juan el Segundo* son pocas las escenas en las que el rey es protagonista directo de la acción. El monarca se presenta ante el lector construido a través de las impresiones del resto de personajes, elaborada su figura en función de una dicotomía entre la esfera pública y la privada.

Como monarca, Juan II es descrito como una efigie carente de poder, un pelele en manos de don Álvaro de Luna primero y de la reina Isabel de Portugal después. Sin embargo, la descripción que el personaje de Don Aleluya, bufón y hermano de leche del rey, ofrece al lector de su figura en el ámbito privado resulta, en primera instancia, totalmente contraria. Recrea la imagen de un hombre generoso e inteligente, no obstante, conforme avanza la narración, toda esta primera información se demuestra como falsa. El rey cae en todas las trampas y conspiraciones que el resto de personajes tejen a su alrededor. A raíz del intento de violación que llevará a cabo contra Teresa —episodio del que me ocuparé más adelante— resonarán en la mente del lector las palabras que previamente a este hecho habrá pronunciado Don Aleluya y que muestran el nivel de envilecimiento alcanzado por la sociedad del momento: «(...) los tiempos han llegado a tal corrupción, que lo más que puede pedirse a un caballero, no es que respete a una dama, sino que consienta en reparar una acción villana casándose...» (386). De hecho, el resarcimiento del honor mediante el matrimonio será una idea recurrente en la novela.

Don Aleluya, al que antes me he referido, destaca como uno de los personajes guía a lo largo de la historia. A través de su punto de vista, el narrador pone a disposición del lector buena parte de las intrigas que componen la novela. El bufón, llamado Pedro, es hijo de la nodriza de Juan II. Su madre había sido criada de la reina y esta crianza pareja permitió el nacimiento de una estrecha relación entre ambos personajes, amistad que, sin embargo, no se establece en ningún momento en un plano de igualdad.

Él será el protagonista de uno de los grandes misterios de la novela: la filiación de Teresa. La protagonista femenina, a cuyas aventuras asiste el lector, se revela como hija ilegítima de Pedro y de doña Berta<sup>5</sup>, la ermitaña de Nuestra Señora de Pero de Alarcón. El bufón, que ha contribuido al secuestro de la muchacha, hace todo lo posible por reparar el crimen una vez descubre la relación que existe entre ambos.

5 El personaje de Berta cobra importancia al final de la novela al ser la autora de la carta que revela cómo María de Aragón, la primera esposa de Juan II, habría provocado un levantamiento contra don Álvaro de Luna para intentar atraer su atención.

La suma de ambos hechos, esto es la relación de desigualdad y la reciente paternidad descubierta, cimienta las bases de la futura traición que el bufón comete contra el rey al ver a su hija en peligro. Cuando el monarca comienza a interesarse por ella, Pedro le amenaza: «si llegase el caso de que fuese querida del rey, me olvidaría de que soy vasallo y de que nos hemos amamantado con una misma leche...» (332). Don Aleluya está dispuesto a proteger a Teresa a cualquier precio.

La convivencia y el interés son, asimismo, lo que mantiene a Pedro cerca del rey. Aquel se confiesa consciente de su incapacidad para poder ganarse la vida más allá de su ocupación como bufón, que le obliga a seguir alimentando el papel de mascota que le han impuesto incluso ante el resto de personajes:

Solo tenía don Aleluya tres horas de reposo en el día (...) y estas tres horas eran las que se invertían en el almuerzo, la comida y la cena del rey, que acostumbraba tenerle junto a sí en una pequeña mesa en donde le servía de su mismo plato y de su misma copa (10).

Pedro mendiga caridad del resto de personajes a causa del gran defecto del rey, la gula, y se queja del hambre que sufre<sup>6</sup> por ello. Este es el primer ejemplo de manipulación a través de la gula que encontramos en la novela. El falso lamento del bufón acaba convirtiéndose, sin embargo, en una predicción ya que conforme envejece, pierde el cariño del monarca y con él las atenciones a las que tenía acceso: su alimento y su confianza<sup>7</sup>.

Se contraponen, pues, las dos estampas: el rey generoso y el bufón glotón frente al rey glotón y el bufón sufrido, ambas ambientadas en un contexto de pobreza social. Sobre la escasez de comida en el reino, sin embargo, ya el narrador ha puesto al lector sobre aviso al comienzo de la obra al advertir que los excesos del reino corren por cuenta de don Álvaro de Luna<sup>8</sup>. Estos cumplen una doble función: por un lado, de ellos se valdrán los detractores del condestable para inculparlo por

6 El personaje, descrito por el narrador como insaciable, utiliza su apetito para manipular al resto de personajes en su propio beneficio al atribuir su propia gula al rey: «El rey es glotón (...) esa misma glotonería del rey hace que siendo generalmente poca la comida, la devore enteramente su alteza y no queden para el loco más que los huesos roídos» (136).

7 «Ya sabéis que después de haber gastado mis ahorrillos, me veo reducido a pegarme al rey para comer, y cuando su alteza va a la guerra, o hace como que va, en fin, cuando el rey se separa de la reina, me veo precisado á comer de limosna presentándome a la hora precisa en casa de algún conocido y sentándome sin ceremonia a su mesa» (323-324).

8 «(...) contra costumbre, la mesa del rey había estado servida con una profusión verdaderamente escandalosa, acaso porque había asistido a la comida el poderoso condestable de Castilla don Álvaro de Luna: había comido hasta la saciedad, y en particular se había excedido en un guiso salpimentado de faisanes cogidos en las charcas del río Zapardiel, donde en aquel tiempo se criaban gordas y exquisitas estas aves » (10).

tratar de atentar contra el rey<sup>9</sup> y, por otro, sirven para exponer los mecanismos de manipulación que Luna lleva a cabo.

Dicho control se ejerce sobre las debilidades del monarca: sus apetitos. A través de ellos, se caracteriza al rey como una figura fácilmente manipulable debido a su hipocondría, alimentada por el galeno y las necesidades del condestable.

Preguntádselo al señor Fernán Gómez de Cibdadreal, su médico: el tal Galeno alega testos, dice que la incontinencia en comer manjares crasos a que su alteza es sumamente aficionado, engruesa los humores y pueden sobrevenir... cata... cata... apople... (...) ello es que siempre que se quiere lograr algo del rey se le pone quince días antes en doble abstinencia (137).

Fernández y González juega en este fragmento con dos de las acepciones del término *humor*. La primera de ellas, «toda sustancia líquida contenida en un cuerpo organizado», se entremezcla con «buena o mala disposición en que uno se halla para hacer alguna cosa» (Domínguez 1853: 971). A través de la modificación de la primera, se pretende interferir en la segunda. Tal es así que la abstinencia forzada, tanto en el plano de la comida como del sexo, supone un control férreo sobre el rey y provocará que el resto de personajes afirmen de don Álvaro que es el «verdadero rey de Castilla», mientras que el monarca queda reducido a la condición de villano<sup>10</sup> (223 y 455). El Juan II de la novela ni es regio ni caballero, a pesar de ostentar ambos títulos. Y sin embargo, parece deducirse de la novela, es el dirigente adecuado a una Castilla corrupta en proceso de decadencia.

Pero antes de estudiar cómo afectan los apetitos al rey o al resto de personajes, debemos observar cuál es la concepción de ambos términos en el momento de recepción de la obra. En 1853 el significado preponderante del término gula es «vicio de comer y de beber con exceso, hasta el punto de perjudicar o de exponer más o menos la salud. Glotonería» (Domínguez 1853: 905), mientras que para lujuria, en el mismo año, el diccionario anota: «El vicio de la sensualidad que consiste en el abuso de los deleites carnales, en el deseo inmoderado e ilícito o apetito

9 Don Aleluya procede al envenenamiento de Álvaro y del resto de las labriegas a través de un vino adulterado facilitado por doña Mencía de Padilla, culpando al condestable de un supuesto ataque contra el rey: «no os parece tan malo el vinillo que el señor condestable ha enviado hoy a la mesa del rey» (136). Esta intoxicación, cuya intención no es otra que sedar a los presentes, tiene la función de facilitar el secuestro de Teresa, quien se encuentra velando a la Virgen.

10 Manuel Fernández y González pone en boca de Teresa el término *villano* como insulto: «¡Sois un villano y os desprecio!» (455), sin embargo afirma Domínguez (1853: 1736) que en el año de publicación de la obra «esta voz ha caducado como ofensiva, y propia más bien de los tiempos del feudalismo», pero se mantiene la acepción de «Ruín, vil, indigno, indecoroso, etc.», que resulta bastante adecuada en este caso.

desordenado de goces deshonestos, de complacencias lúbricas, voluptuosas, lascivas» (Domínguez 1853: 1110).

Tal y como afirma Horcajada (2009: 48), ambos vicios están estrechamente relacionados, «se trata de ponerse sobre lo otro, reducirlo, objetivarlo y hacerlo suyo». Los dos términos coinciden en el abuso de lo que en un principio se presenta como una necesidad primaria, se reducen a un hambre física y carnal, de tintes autodestructivos. La persona objetivo de los mismos se cosifica, deja de ser «válida y valiosa en sí misma» para convertirse en alimento tras un proceso de animalización.

En la novela el punto máximo de esta degradación se alcanza en el capítulo X, donde el bufón habla del doble ayuno previamente citado<sup>11</sup>. Las labriegas envenenadas por Don Aleluya para favorecer el rapto de Teresa son víctimas de la confusión entre gula y lujuria apuntada por Horcajada. Don Aleluya nombra de modo bromista a las campesinas presentes contribuyendo al tono jocoso de la comida, pero esta chanza adquiere un tono premonitorio, ya que su hija, quien en ese momento se encuentra en el interior de la ermita, acabará siendo una de esas aves que son devoradas. Ella, tal y como explicaré más adelante, consigue salvarse de dos intentos de violación: uno a manos del príncipe Enrique y otro a las de su padre, Juan II. Sin embargo, no logrará escapar del que perpetrará Fadrique de Lara.

Los personajes femeninos son presentados, en efecto, como presas, animalizados y despojados de su condición humana. Carecen de autonomía y, por lo tanto, de control sobre su destino. El papel de cazador y trofeo se intercambia entre los distintos personajes y, aunque al comienzo de la obra Teresa trata de embaucar a don Juan II, al final pierde completamente su poder sobre él y pasa a formar parte del *banquete* cortesano.

La identificación entre aves y mujeres responde a una simbología clásica. En el fragmento antes señalado, uno de los muchachos con los que habla distendidamente Aleluya al entender el tipo de presa a la que se está refiriendo su interlocutor, aventura «aves de vuelo...», sin llegar a acabar la frase. Los dos personajes masculinos mantienen una conversación repleta de dobles sentidos, de los que ambos son plenamente conscientes. Tanto el labriego como el bufón son conscientes del ambiguo significado de la expresión tal y como demuestra la continuación de la

11 «—Yo lo creo. De cierto género de piezas que sabe hacer buscar el condestable y que paga a peso de oro...  
—¿Aves de vuelo...?  
—Y tan de vuelo que se escapan de las manos por bien que se las tenga asidas.  
—¿y cómo se llaman esas aves?  
—Esas aves suelen llamarse María, Teresa, Juana, Andrea, Clara...» (137-138).

conversación. Diferencian a las mujeres entre las que son cazadas y las que logran huir, las de vuelo bajo y las de vuelo alto. El significado varía por completo en función de esto: aquellas de planeo alto representan espiritualidad, mientras que las de revoloteo bajo reflejan carnalidad (Cirlot 1997: 102)<sup>12</sup>. A pesar de no mencionarse ningún pájaro en concreto, todos los nombrados en la obra como aves de festín —faisanes, perdices...— se corresponden con el segundo tipo.

En esta simbología encaja Teresa, cuyo personaje entra en un juego donde intenta encontrar el equilibrio entre el mantenimiento de su honra y el poder. Si bien al comienzo de la novela aparece como representante de la pureza —ave de alto vuelo—, al final llega a perder públicamente su honor: «acabaron por decir unos que era amante del condestable, otros que del rey y que el condestable no tenía otro oficio en aquellos asuntos que el de tercero» (423). Ella accede a asumir el papel de falsa manceba del rey que el resto de personajes han preparado para ella, con la intención de debilitar primero a don Álvaro de Luna y después a la reina Isabel<sup>13</sup>, que la tomará bajo su protección<sup>14</sup>. La muchacha es consciente del poder que supuestamente posee, de su magnitud y de su inestabilidad:

Teresa creía que la bastaba con su hermosura, con su juventud, con su altivez y con el oropel [...] para poder dominar, para ser la estrella más brillante de la pleyada cortesana: no sabía que la altivez de raza, el orgullo jerárquico, no olvida jamás el origen, no ya de la persona, sino de su cuarto abuelo, y que por más que se cubriese de oro, por más que brillase su hermosura, no podría evitar el que una hidalga de solar antiguo, aunque fuese pobre y fea exclamase al encontrarla a su paso:

- 
- 12 «Según su vuelo, alto o bajo, representarían las aves una actitud terrena o una pasión espiritual. Según fueran nocturnas o diurnas nos encontraríamos con un significado añadido. Si de forma enormemente simplista dividiéramos las aves en buenas y malas, dentro del primer grupo hallaríamos al águila, la cigüeña, el gallo, la garza, la grulla, el pavo, el pelícano, la golondrina e, incluso, al cisne. Dentro del segundo grupo estarían insertas, por contra, el buitre, el cuervo, la perdiz, la lechuza, y más o menos, todas las aves de rapiña» (Morales 1996: 242-243).
- 13 La conspiración consiste en el sabotaje de la unión entre Juan II e Isabel de Portugal. En un primer momento, el bando contrario al condestable, encabezado por Doña Mencía, busca debilitar el poder que el valido tiene sobre el monarca: «Se teme que se enamore el rey de su mujer, y se busca una mujer más hermosa para hacer con ella la guerra a don Álvaro de Luna...» (19), intriga que se revertirá cuando la propia reina conspire contra don Álvaro y sea este quien intente derrotarla con el mismo plan. Dicho juego pasa por la ambición desmedida del personaje protagonista, la cual la mueve a aceptar tentar al rey, pero absteniéndose de tener relaciones con él.
- 14 A pesar de que la nueva reina la toma a su servicio, la suspicacia del personaje de Hernando del Carrillo ante el luto de Teresa por su primer marido mantiene alerta la desconfianza del lector ante los personajes femeninos: «yo me fio poco de las mujeres: ¡al diablo con ellas! Son incomprensibles: ¿Quién se atreverá a asegurar que doña Teresa no fingía, y que si hubiera obrado según su corazón se hubiera puesto a bailar de alegría?» (293). De este modo se presenta al sexo femenino como un bando manipulador en el que se destacan los personajes de doña Mencía, de doña Teresa y de la propia reina Isabel, a quién se la llega a denominar «tósigo en copa de oro» (242). Esta percepción dista mucho de la expuesta previamente por Don Aleluya al calificar a las mujeres de presas.



—¡He aquí una prostituta a quien se viste y se alimenta bien para dar realce a su hermosura!

Y esto aunque fuese más casta que Susana y más digna que Lucrecia<sup>15</sup> (213).

Con la referencia clásica se adelanta el destino del personaje: el deshonor, ya que ha de someterse a los deseos ajenos, aun en contra de su voluntad. A pesar de que el narrador ofrece numerosas pruebas del aparente honor férreo de Teresa desde el propio comienzo, lo cierto es que el juego en el que se halla inmersa induce al lector a prever su ineludible fracaso. La joven accede a participar en el plan por su codicia y su orgullo, los cuales se oponen constantemente. Está dispuesta a pagar casi cualquier precio por lograr sus objetivos, excepto aquellos que dañen su dignidad, por lo que el rechazo a convertirse en el personaje que finge tiene origen en su vanidad, no en su moral. No rechaza ser la amante porque sea una mala acción, sino porque lo considera impropio de sí misma<sup>16</sup>.

Teresa está segura de su influencia en la corte, en su fuerza, que ha sido alimentada constantemente por los personajes que la rodean: primero Doña Mencía y posteriormente el valido del rey<sup>17</sup>. Incluso Don Aleluya cree en ese poder<sup>18</sup>. Sin embargo, el fallo en el plan trazado radica en haber subestimado a uno de sus pretendientes. Mientras que don Álvaro es descrito como un caballero, tal y como apuntaba al inicio de este artículo, el hecho de que se omita ese dato en relación al monarca invita al lector a pensar que Juan II no se comportará como se espera de alguien de su posición. Esta información supone un avance de la trama: cuando ambos personajes, Luna y el rey, sean tentados, solo este último intentará violar a Teresa.

15 Teresa hace referencia a las figuras clásicas de Susana y Lucrecia. La primera de ellas se corresponde con un personaje bíblico que resiste la tentación de perder su honra voluntariamente a cambio de mantener sus privilegios y se arriesga a ser lapidada por ello (Daniel 13: 1-63). La segunda referencia se refiere a la figura romana de Lucrecia, esposa de Colatino, primer cónsul de Roma, quien tras confesar a sus allegados la violación sufrida a manos del antiguo rey y exigir venganza a sus familiares, se suicida apuñalándose el corazón, prefiriendo la muerte al deshonor (Rivera Garretas 1997: 177).

16 «Yo nunca hubiera sido la manceba del príncipe: tengo demasiado orgullo para ello: el príncipe hubiera sido esclavo mío y nada más (...) Nunca, por nada del mundo, hubiera descendido a ser la manceba del príncipe... de un hombre casado... de un hombre que dicen tiene mancebas en las carnicerías de Valladolid» (149-150).

17 «¿Desde cuándo se tienen en Castilla por viles las mancebas de los reyes? (...) Pero no es necesario que os envilezcáis... entretened al rey, enloquecedle, evitad que le enloquezca su esposa... cabalmente para lograr ascender sobre él será necesario que os mostréis rigurosa... cuanto más rigurosa, cuanto más digna, cuanto más inflexible seáis, mejor, mucho mejor» (360).

18 «Teresa si quiere envenenará el alma de su alteza (...) Esa mujer es un ángel caído» (236-237).

Doña Mencía, contraria a don Álvaro de Luna y principal instigadora del plan contra este, ejerce el control de los personajes a través de los escándalos sexuales, por otra parte habituales en la corte<sup>19</sup>.

Durante su juventud, Doña Mencía había estado en el mismo lugar que Teresa<sup>20</sup>. Si bien ella, cortejada por Enrique III, por su hijo Juan II y por el propio condestable, no había cedido a las pretensiones de ninguno de sus pretendientes, Teresa aprovecha la baza de su belleza para manipular a los personajes masculinos por medio de su gula/lujuria, logrando los amores de Fadrique de Lara, sobrino de Pero de Aguirre, a quien la muchacha utiliza precisamente por su extremismo<sup>21</sup> y que acabará por volverse en su contra: tras salvarla de un intento de violación a manos del príncipe Enrique, será él quien abuse de ella<sup>22</sup>.

Nuevamente se plantea la violación como un acto ajeno al control del agresor. La agresión, confesada por Fadrique, se lleva a cabo en el Mesón del Gato, lugar propicio para escarceos amorosos y conspiraciones. El plan de este<sup>23</sup> se cumple, aunque propicia el final aciago de la historia, ya que la joven se fuga con Jimeno provocando el duelo entre ambos caballeros en el que el montaraz muere. El abuso se produce sin forcejeo, mientras ella se mantiene inconsciente, lo que choca con la escena paralela que sucederá en el huerto del condestable, durante la cual el rey trata de violarla sin éxito, gracias a la resistencia de ella y la presencia de Fadrique de Lara, su marido, y Don Aleluya, su padre.

El apetito sexual, que alcanza su máxima voracidad en Jimeno, Fadrique y Juan II, se plantea, pues, como característica inherente a los personajes masculinos

19 «Las mancebas no son ya un escándalo en la corte: todos tenemos en ella manceba (...) El señor bachiller creo que sea manceba con el condestable, y yo... yo estoy amancebado con el rey (...) llamo amancebamiento a toda unión escandalosa e ilegítima» (223-234).

20 «El príncipe había pretendido hacerla su manceba, y el rey su padre se había declarado en el mismo concepto rival del príncipe: aun don Álvaro de Luna había mirado con cierta intención a doña Mencía, y esta, asediada por todas partes, ni había humillado a los amantes, ni les había dado ocasión para concebir esperanzas. Llegó un día en que todos prescindieron del amor para con doña Mencía, desesperados de conseguirlo; y más que como mujer, la miraron como hombre de partido» (299-300).

21 «Teresa tenía a un mismo tiempo en él un conspirador y un espía, un servidor ciego, enamorado, dispuesto a romper por ella por todo, hasta por el honor» (301-302).

22 «Teresa: esta noche os he salvado y a un tiempo os he perdido: pero si antes no os hubiera salvado, vuestra pérdida hubiera sido segura y vuestra deshonra cierta (...) el amor es un frenesí que hace que un caballero se olvide en algunos momentos de que lo es. ¡Quiera Dios que la fatalidad os ha puesto en mis brazos os obligue a amarme!» (365-366). La violación es ratificada poco más adelante por la propia Teresa «(...) ah! he soñado... he sentido que me herían, que me despedazaban...» (366).

23 «Deshonrándola la obligaré á que se case conmigo para recobrar su honor, y después de casada obraré de tal modo, seré tan amante, la obligaré tanto, que me perdonará y me amará... además señora, yo estaba loco... mi locura me arrastró... pero ahora... ahora... (...) no tendréis esposa más que para cubrir vuestra honra» (382).

de la novela: «No hay hombre por enamorado que esté de nosotras, que cuando nos ha poseído no ansíe poseer a otras, aunque sean menos hermosas, aunque le amen menos que nosotras» (445-447). Al revelarse como un rasgo propio del género<sup>24</sup>, parece minorizarse el carácter delictivo y punible de las agresiones. La violencia motivada por la lujuria es cíclica en la novela: Jimeno, Fadrique y Juan II se ven afectados por ella. Los tres personajes cometen o intentan llevar a cabo una violación, en los tres casos justificada por el narrador por la incontinencia de sus apetitos. La novela comienza con el abuso que Elvira sufre a manos del montaraz debido al rechazo de Teresa:

El amor que don Juan la manifestaba era afectado, violento: en efecto, don Juan, en la noche de la fiesta de las espigadoras, si se había dirigido a Elvira, si la había arrebatado de la fiesta, si se había puesto en el caso de obligarse a satisfacer su honor, había hecho todo eso bajo la influencia de la desesperación que le había causado el abandono de Teresa (304).

Al igual que Fadrique, Jimeno salva su honor de caballero al casarse con ella, aunque falte a él nuevamente al abandonarla al final de la novela. Contrariamente a estos dos personajes, conscientes de lo grave de su acción e interesados en repararla según los cánones de la época tal y como los interpreta Fernández y González, el rey no está habituado a que se le nieguen los placeres, ya sean alimenticios o sexuales<sup>25</sup>. Don Juan II, personaje plano y sin evolución, se mueve guiado por un instinto básico: el hambre. Y debido a ese impulso, se niega a aprobar el matrimonio entre Fadrique y ella: «por eso mismo no consentiré en que se case; puesto que me ha de costar cara, quiero gozar sus primicias» (398). Como consecuencia, intenta violar a Teresa sin intención alguna de restituir su honor. Él mismo renuncia al suyo como caballero trazando un plan semejante al de Fadrique:

—¿Y me habéis traído a este sitio tan solitario, tan apartado para decirme: esperad, y seré vuestra amiga? (...) Pues habéis hecho mal, muy mal, doña Teresa, en desespararme de este modo en un lugar en donde están de mi parte las ventajas.  
— (...) Vuestra alteza es un caballero; tiene obligación de serlo.  
— (...) Luego pienso mostrarme tal, que me perdonaréis.

24 Entre los personajes femeninos, solo María de Aragón, a la que me referiré más adelante, sufre los efectos de esta lujuria autodestructiva que lleva a los personajes principales a perder su honor temporal o permanentemente.

25 «Don Juan el segundo que, como era glotón y sensual para el alimento, era glotón y sensual para el amor, recordaba a Teresa, la joven y hermosa dama de la reina (...) Una llama impura, ardiente, intensa devoraba todo su ser, y un hondo suspiro se exhalaba de lo hondo de su pecho (...) ¡Esa mujer que se pone continuamente a mi paso, y me enloquece, y me desdenea...!» (1853: 394).

— Yo no perdono jamás una villanía (...) ¡Apartad! ¡Vive Dios, apartad! ¡Sois un villano y os desprecio!

— ¡Oh! ¡Oh! ¿Conque esto era una farsa?... pues bien, yo te probaré que no se me burla impunemente (455).

La resistencia femenina es tomada por el resto de personajes como una prueba de honradez: «¿Creéis que haya muchas mujeres que resistan a los amores de un rey, aunque sea tan poco rey y tan poco hombre como don Juan el Segundo?» (454). Se trata sin embargo, de una falsa integridad puesto que, como hemos visto, Teresa rechaza ser manceba por orgullo, tal y como se demuestra cuando, mediante engaños, entrega a Elvira, su medio hermana, a Pero Valiente para su violación como castigo por haberse casado con Jimeno.

El proceso de simplificación que sufre Teresa al transformarse su papel de amenaza en presa, se produce también en Don Álvaro de Luna a través de la carta de Berta. El narrador describe al Condestable en ella como una víctima sujeta a los apetitos de la reina. Tal y como se ve en la misiva, don Álvaro padece la lujuria de María de Aragón<sup>26</sup>, primera esposa de Juan II, al igual que Teresa sufre la del monarca. Ambos reyes exigen devorar al otro personaje, negándose a aceptar la negativa que obtienen en ambos casos.

Para lograr su atención, María provoca un enfrentamiento entre él y Juan de Villafranca, inculpando al condestable del secuestro y tortura de Rebeca, una joven judía de quien Juan Villafranca está enamorado. La reina fuerza a la joven judía a escribir una carta bajo la amenaza de la violación<sup>27</sup>, amenaza que finalmente cumple para alimentar la disputa entre ambos caballeros<sup>28</sup>. Ambos monarcas recurren a la violencia física para lograr la satisfacción de sus deseos: sociales en el caso de María de Aragón y físicos en el de Juan II.

26 «(...) cuantos recursos puede poner en práctica una mujer para empeñar a un hombre, fueron usados por la reina: la seducción de la mirada, el desdén, la burla, el sarcasmo, los celos: don Álvaro parecía no reparar en ella: doña María enloquecía al caballero más galán más afortunado de la corte, y lo presentaba favorecido en la apariencia y como un cebo al condestable» (501).

27 «—¿Y si yo te deshonorase? (...) Escucha: eres hermosa, muy hermosa; yo puedo encerrar contigo uno de mis esclavos; puedo arrojarte al mundo envilecida: con el testimonio de tu afrenta presentarte a Juan de Villafranca; pero muerta... muerta para que no puedas revelar quien ha sido el autor de tu deshonra» (517-518).

28 «La reina no satisfecha con la flojedad que mostraba en sus ataques contra el condestable Juan de Villafranca, pensó en excitarle a un extremo desesperado arrojándole a la mujer de su amor deshonrada. La reina había cumplido la terrible amenaza que había obligado a escribir la carta infernal que había levantado una tempestad contra el condestable: doña María había introducido un esclavo moro en el calabozo de Rebeca, y aquel esclavo pasaba desde entonces todas las noches en el calabozo» (521-522).

La muerte de Rebeca provoca el alzamiento del bando contrario a de Luna, rebelión que propicia la inestabilidad y supondrá el golpe final a la figura del Condestable quien, una vez descubierta la obsesión de la primera esposa del monarca por él, es despreciado por el rey.

La historia de Berta pone de relieve cómo la corrupción en la corte está presente desde el inicio de reinado de Juan II. Al final, a fecha de 1453, resulta insostenible<sup>29</sup>.

El condestable, en sus últimos intentos por controlar al rey, le facilita la saciedad de sus apetitos: «estaba un poco más grueso, fuese porque había adelantado en edad, fuese porque el condestable dejase satisfacer su gula» (563-564). Sin embargo, este control ya no resultará efectivo y las intrigas de la reina Isabel de Portugal triunfarán finalmente.

De esta manera, la novela que comienza exponiendo el férreo poder que don Álvaro ejerce sobre el rey, finaliza con su misma desaparición en virtud de una dominación que tiene su origen en el control y la manipulación de unos personajes lineales, carentes de toda evolución.

De igual modo, lo mismo sucede en el tiempo de Isabel II. Delegado su poder en un gobierno inestable y cambiante, la reina queda reducida a un mero espectador de su reinado.

En 1853, año de publicación de la novela, Isabel II tiene veintitrés años y su gobierno está en manos de aquellos que la rodean desde la muerte de su padre Fernando VII. Primero con la regencia de su madre M<sup>a</sup> Cristina y, posteriormente, con las diferentes camarillas que la acompañaron, «con el padre Claret y sor Patrocinio como exponentes más clericales de la corriente neocatólica» (García Monerris 2015: 4195), la liberal y la conservadora<sup>30</sup>.

El reinado de Isabel II, salpicado de escándalos sexuales, se encuentra envuelto en una pugna entre liberales y conservadores y se mantiene hasta que la Revolución de 1868 envía a la reina al exilio.

29 «La ambición de los hombres y la libertad de costumbres en las mujeres, no reparaba ya en límite ni valla: se había olvidado hasta en las apariencias el honor (...) desde la primera ricahembra hasta la última sirvienta, no se veía más que una larga serie, una gradación completa de prostitutas, entre las cuales marchaban avergonzadas, como raras excepciones, algunas mujeres dignas. Cada festín, cada reunión de familia, cada fiesta pública, cada sarao del alcázar, era un escándalo: no había reputación libre de injuria, ni aun las verdaderas reputaciones... se traficaba con todo, se prostituía todo» (534).

30 «Paradójicamente, a partir de los años 60, la denostada María Cristina y su entorno familiar, cuya vuelta había sido autorizada por Isabel II en 1864, resultaban ser para los progresistas el mejor referente del liberalismo frente a las veleidades e inconsistencias de su hija (...) El marido de la reina, por su parte, Francisco de Asís, seguía apostando sus cartas, desde la intriga y el interior de Palacio, a una opción carlista que propiciara la reunión de las diversas ramas familiares de los Borbones» (García Monerris 2015: 4197).

La novela de Manuel Fernández y González refleja como las diferentes camarillas que rodean a Juan II, priorizando sus intereses particulares sobre la nación, conducen a Castilla hacia el desorden y el desgobierno. No es difícil encontrar el paralelismo entre los apetitos del Trastámara, y sus consecuencias, y los de la segunda Isabel, la reina de los tristes destinos<sup>31</sup>.

### Bibliografía

- Cirlot, J. E. (1997), *Diccionario de símbolos*, Barcelona: NCL.
- Diario de Palma* (1853) «Avisos», 11 de septiembre, p. 4. En <[http://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo\\_imagenes/grupo.cmd?posicion=1&path=1119029&presentacion=pagina](http://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.cmd?posicion=1&path=1119029&presentacion=pagina)> (última consulta: 27/01/2016).
- Domínguez, R. J. (1853), *Diccionario nacional o Gran Diccionario Clásico de la Lengua Española: El más completo de los léxicos publicados hasta el día*, Madrid: Mellado.
- Fernández y González, M. (1853), *Don Juan II o El bufón del rey*, Madrid: J. Morales.
- Fontana, J. (2015), *Historia de España: La época del liberalismo*, Volumen 6, Barcelona: Crítica.
- García Monerris, E. y C. García Monerris (2015), *Las cosas del rey: Historia política de una desavenencia (1808-1874)*, Madrid: Akal [Versión Kindle].
- Horcajada, R. (2009), «Lujuria, ira, gula», *Acontecimiento: órgano de expresión del Instituto Emmanuel Mounier* 90, pp. 47-49.
- Morales Muñoz, D. C. (1996), «El simbolismo animal en la cultura medieval», *Espacio, Tiempo y Forma* 9, pp. 242-243.
- Rivera Garretas, M. M. (1995-1996), «La construcción de lo femenino entre musulmanes, judíos y cristianos (Al Ándalus y Reinos Cristianos, siglos XI-XIII)», *Acta historica et archaeologica mediaevalia* 16-17, pp. 167-179.

31 Esta mención, popularizada por Galdós en sus *Episodios nacionales*, aparece ya en la prensa con motivo de la muerte de la reina. Véase, por ejemplo, *El Liberal*, 10/04/1904.